

Valentina Sotelo Pinzón 20241287041

Reseña: Juego simbólico como experiencia de construcción, sentido y libertad en la infancia

Autor: Ángeles Ruiz de Velasco y Javier Abad

Pensar el juego en la infancia como algo “simple” es, en el fondo, no entender nada. *Juego simbólico* de Ángeles Ruiz de Velasco y Javier Abad propone justo lo contrario: el juego no es una pausa del aprendizaje, es una de sus formas más complejas. A lo largo de los capítulos trabajados, los autores no separan el desarrollo en partes aisladas, sino que muestran cómo el niño construye pensamiento, emoción y relación con el mundo al mismo tiempo, y el juego simbólico aparece como ese espacio donde todo eso se entrecruzan.

Desde esta perspectiva, la capacidad simbólica no surge de la nada, se construye en la experiencia. El niño empieza a otorgar significados, a transformar objetos, a convertir lo cotidiano en otra cosa. Un objeto deja de ser solo objeto y empieza a ser posibilidad. Como plantean los autores, el símbolo permite “reconstruir la realidad desde la propia experiencia”, y ahí ya hay una ruptura importante: el niño no es un receptor pasivo, es un creador de sentido. En ese proceso, el juego se convierte en lenguaje, en una forma de narrar lo vivido, pero también de reinventarlo.

Y es justamente ahí donde el juego simbólico toma fuerza. No como una actividad cualquiera, sino como un escenario donde el niño experimenta, ensaya, prueba y se equivoca sin el peso constante de la corrección adulta. En el juego, el niño asume roles, crea historias, negocia con otros, resuelve conflictos y, sobre todo, se posiciona frente al mundo. No se trata solo de “jugar a ser”, sino de explorar lo que significa ser. Por eso, como afirman Ruiz de Velasco y Abad, “el juego simbólico es un escenario privilegiado para la construcción de significados”. Y sí, porque ahí todo está en movimiento: la imaginación, el lenguaje, las emociones, las relaciones.

Sin embargo, hay algo que incomoda y que los autores dejan entrever: el papel del adulto. En contextos educativos donde todo tiende a ser dirigido, evaluado y controlado, el juego simbólico exige otra postura. No se trata de intervenir todo el tiempo, sino de observar, de acompañar, de confiar. Y eso no es fácil. Implica reconocer que el niño tiene una lógica propia, que su forma de entender el mundo no necesita ser corregida constantemente. En cierta forma, el juego simbólico también pone en crisis la idea de una educación rígida, porque abre un espacio donde el orden no lo impone el adulto, sino que emerge del propio juego.

Además, la relación entre realidad y fantasía, que muchas veces se entiende como opuesta, aquí se plantea como profundamente conectada. La fantasía no es una huida de la realidad, es una manera de habitarla de otra forma. Como señalan los autores, “la fantasía no es evasión, es elaboración”. Y esto cambia completamente la mirada: cuando un niño imagina, no está alejándose del mundo, está reinterpretando. Está tomando lo que vive —sus miedos, sus deseos, sus experiencias— y transformándolo en algo que puede comprender y manejar.

En ese sentido, el juego simbólico no solo permite conocer el mundo, sino también procesarlo emocionalmente. Es un espacio donde el niño puede reorganizar lo que le pasa,

darle sentido, incluso modificarlo. Y ahí aparece otra de sus potencias: la construcción de identidad. En el juego, el niño prueba distintas formas de ser, se explora, se contradice, se afirma. No hay una sola versión de sí mismo, hay muchas, y todas son válidas en ese espacio.

Lo interesante es que todo esto ocurre sin necesidad de estructuras rígidas ni instrucciones cerradas. El juego simbólico es, en esencia, un acto de libertad. Y tal vez por eso incomoda tanto en ciertos contextos educativos: porque no se puede medir fácilmente, porque no responde a resultados inmediatos, porque escapa al control total.

Para concluir, los planteamientos de Ruiz de Velasco y Abad permiten reconocer el juego simbólico como una experiencia central en la infancia, donde el niño no sólo reproduce la realidad, sino que la transforma y le da sentido desde su propia vivencia. Más que una actividad secundaria, el juego se configura como un espacio de construcción de pensamiento, de elaboración emocional y de exploración de la identidad. Esto implica, también, un llamado a replantear el papel del adulto y de la educación, invitando a valorar el juego no como un complemento, sino como una forma legítima y compleja de conocimiento. En este sentido, comprender el juego simbólico es, en el fondo, comprender al niño como sujeto activo, creativo y capaz de construir mundo.